



menso mundo de aves acuáticas habitantes de estas zonas.

En el primero de los cuadros de Calvet queda admirablemente recogida la circunstancia cumbre de la época amorosa del urogayo, cuya climatología reproductora surge y culmina en el mes de las flores. El urogayo, interesantísimo personaje del deporte cinegético, vive en España en las regiones pirenaicas y en las montañas cántabras, astures y leonesas, y está considerado en los países de la Europa central como una especie de caza mayor.

Prácticamente, la captura de esta soberbia ave—que llega a pesar hasta seis kilos y medio—, no puede llevarse a cabo más que en el tiempo de su celo frenético. En tal momento, denuncia su presencia el cazador, en la madrugada y al atardecer, por su canto o reclamada en las proximidades de la hembra, con la especial particularidad de que en ese instante pierde los sentidos del oído y la vista durante varios segundos, que el cazador aprovecha para acercarse a la pieza.

A este cuadro que hemos gloriado cabría oponerle una objeción—la única—, y es que el urogayo, representado en el momento de su canto amoroso, mantiene sus ojos abiertos cuando en realidad debía tenerlos cerrados. Aparte de este detalle, todo es admirable en el lienzo: la proporción de los cuerpos de la hembra y el macho, el colorido de sus plumajes y el ambiente montañoso.

El segundo cuadro nos lleva a las bajas serranías, donde tanto abunda la brava perdiz roja. Pero no sola, por desgracia, sino rodeada de la alimaña que tan graves destrozos causa en la caza menor. Se trata de los dos jóvenes raposos, aprendices de ladronzuelos, que ven frustradas sus ar-

## escenas de caza

gucias de bandidos novatos con la huída a tiempo de la pareja de perdices. Observemos las magníficas y distintas expresiones de los dos zorros. En uno, de coraje y rabia, y en el otro, de desencanto, al comprobar que sus ardides han sido burlados.

Finalmente, y en el tercer lienzo, está lograda de mano maestra la tonalidad del amanecer sobre la laguna, en la que pululan cercetas, silbones, rabudos, azulones y demás componentes de la amplia familia acuática. Hora incomparable en la que el cazador se encuentra ya colocado en su puesto, en espera de que se vaya creando la luz necesaria para empezar el foguero, en el cual agotará sus municiones con gran acopio de piezas, si la suerte le es propicia.

Los pinceles han captado, lleno de movimiento y realismo, el instante en que la pareja de azulones despegan ruidosamente del agua, dejando marcadas en la superficie esas ondas concéntricas que se ensanchan lentamente hasta difuminarse.

C O N D E D E Y E B E S



LOS animales tienen un mundo mágico y tierno creado por los hombres. Un mundo de fábula y arte, cuyos límites son las páginas de los cuentos, el cromatismo pictórico y las bellas litografías, y cuyo meridiano se ha prolongado, en esta última hora de la técnica, hacia el milagro luminoso de la pantalla.

El asunto animalista ha tentado y curioseado a muchos pinceles ilustres en el área de la estética universal. Sin embargo, en España no es frecuente la incursión de nuestros artistas en tema tan lleno de sugerencias y motivos propicios a la composición colorista. Por eso es digno de relieve y de loa el caso de Calvet, que ha empleado su paleta en ofrecernos las más hermosas muestras de un gran estilo pictórico en la difícil especialidad de la vida naturalista.

De Calvet son las escenas que ilustran esta página. Realizadas con mano maestra, comprenden paisajes y especies animales genuinamente españolas. Los marcos en que se desarrollan estas escenas vienen a ser como un resumen paisajístico de la Península, tan rica en variedad y contrastes.

Primero, la alta montaña, con el incomparable urogayo como protagonista principal. Después, la sierra baja, donde pulula la roja perdiz. Y, por último, la llanura tan abundante en lagunas naturales o artificiales que reflejan en su líquida superficie los campos de arroz y el in-

